

Domingo XVII del TO
Ciclo B



28 de julio de 2024

2Re 4, 42-44

Sal 144

Ef 4, 1-6

Jn 6, 1-15

P. Eduardo Suanzes, msps

El resumen del evangelio de hoy podría ser este: Jesús se va más allá del mar y sube al monte. Acude una multitud de gente, que en su actuación anterior ha encontrado una esperanza. Entonces, enfrenta a sus discípulos con el problema de la subsistencia de los que lo siguen: **la comunidad, en cuyo centro está Jesús, poniéndose al servicio del ser humano**, con su amor manifestado en el compartir, **multiplicará el pan y producirá la abundancia**; esa será la señal en medio del mundo. La señal realizada por Jesús manifestaba el amor de Dios, que da al ser humano independencia y dignidad, pero sucede que los que la reciben quieren convertirla en estrado de poder y hacerse súbditos suyos proclamándolo rey. Y es que en lugar de descubrir que Jesús se propone como servidor, pretenden hacerlo emperador. Jesús, para impedirlo, se aleja. Los discípulos, defraudados, desertarán (esto es el relato siguiente) y se van solos en la barca, pretendiendo volver a su vida anterior y dejando a Jesús; pero él los alcanza, manifestando de nuevo el amor de Dios, que no quiere que nadie se pierda¹.

El caso es que Jesús está en el monte y se ha acercado un montón de gente. Ante esa multitud plantea una cuestión a un discípulo, precisamente a Felipe, el que, tiempo atrás, cuando vio por primera vez a Jesús, reconociéndolo por Mesías, concebía su mesianismo como un calco de los conceptos tradicionales. Felipe, reconociendo en Jesús al Mesías, no creía en su novedad; era para él un continuador del pasado². Si la escena tiene lugar en Betsaida, como se indica en la versión de Lucas³, tiene sentido de que le pregunte a Felipe, pues tanto él como Pedro y Andrés (que hablará después) son de ahí.

La gente necesita comer. El que lleva en sí vida, el que la promete y dispone de ella se preocupa de lo necesario para el vivir de la gente.

Jesús enfrenta a Felipe y, con él, a la comunidad, con la realidad que tiene delante: existe una multitud que, atraída por la persona y la actuación de Jesús mismo, les han seguido. Se plantea como problema la subsistencia de esas personas, que no pueden bastarse por sí mismas. Jesús pone a prueba a Felipe abordando directamente la cuestión del dinero como medio para remediar la necesidad: «¿Con qué podríamos comprar pan para que coman éstos?» Si se fijan Jesús se incluye en la comunidad («¿Con qué podríamos?»): en el interior de ella, es donde se percibe la presencia de Jesús. Este no se coloca frente a los suyos, como estando aparte, sino que se integra en su grupo llevándolo al discernimiento comunitario.

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1979

² Recordar como Felipe, en Jn 1,45, le reconoce como el Mesías que «habían anunciado Moisés en la ley y los profetas»

³ Lc 9, 10

El tema del dinero ya había aparecido: el culto al dinero que había desplazado a Dios del templo fue la primera denuncia de Jesús. No es extraño, pues, que la prueba que él pone a los suyos pretenda constatar su actitud en este punto. Quiere ver si han entendido, si comprenden la ley del amor y la ruptura que supone su llamamiento. Quiere ver qué responde Felipe, ver si él sigue en sus anteriores esquemas.

Doscientos denarios eran el salario de un jornalero en doscientos días: el sueldo era a denario por día. Felipe muestra su desaliento: ni con ese dinero se podría dar un pedazo de pan a cada uno. Los discípulos no pueden satisfacer las necesidades de los pobres. Felipe, que no ve más horizonte, confiesa su impotencia; no se puede hacer nada, a menos, claro está, que se disponga de una cantidad de dinero: parece decir Felipe que con una cantidad ingente de dinero se podría subsanar la situación.

Entonces, aparece en escena Andrés, el otro del lugar, de Betsaida. Él no responde ni pregunta, sencillamente constata la realidad e informa: «*hay un niño que tiene cinco panes y dos peces*». Parece que vislumbra una solución distinta del comprar, del dinero. Ve cuál es la situación concreta, los medios de que se dispone: solo se tiene a un chiquillo, a un don nadie, que nada cuenta y el resultado es descorazonador, «*¿qué es eso para tantos?*». Se da un fuerte contraste entre estos dos personajes: Andrés, en griego, significa (*andros*) hombre adulto, fuerte. Como contrapartida tenemos al chiquillo que es todo lo opuesto: el débil, el pequeño, el último. Y para el fuerte, lo pequeño de nada sirve. Solo con un recurso poderoso se podría responder.

Si nos damos cuenta, por un lado, Felipe apunta al dinero, y por otro Andrés a al poder. Esas son las dos únicas realidades que los apóstoles presentan para resolver el conflicto.

Pero resulta que de lo pequeño, de lo débil, de lo que aparentemente nada cuenta, de lo sencillo es donde Jesús va a echar mano para cubrir la necesidad de la gente: y esa será la clave del Evangelio. Ese niño, ese pequeño bien puede significar nuestro lado vulnerable, sin importancia, del que nadie repara; ese lado nuestro que no tiene ninguna pretensión de poder ni dominio, humilde; esa parte interior nuestra que está dispuesta y desea servir a los demás.

Sin hacer caso del pesimismo de sus discípulos, ni de las soluciones que ellos proponen, Jesús les da una orden y les encarga la tarea, instruyendo a los suyos sobre cómo han de tratar a la gente que se acerca. La comunidad de los apóstoles ha de ponerse al servicio del ser humano, es decir, como un inferior. No parte de una condición de poder o de fuerza, ni de dinero, sino de la debilidad del «*chiquillo*» mencionado por Andrés. Así, los discípulos, mediante su servicio, dan a los que vienen una dignidad igual a la suya: que es precisamente lo que hará Jesús en la última cena con el lavatorio de los pies.

Jesús toma los panes de la comunidad porque ésta ha de encontrar la solución por sí misma sin crear dependencias. Sin embargo, en la pobreza del grupo humano entra un elemento nuevo. Jesús pronuncia la acción de gracias, que introduce en la escena un nuevo personaje: Dios, el Padre. Sólo después de establecida la relación a Dios puede ser alimentada la multitud.

La acción de gracias de Jesús crea la abundancia, pero no sustituyéndose al hombre, sino que lo hace con su colaboración. Según Andrés, no se podía repartir porque se necesitaba poder; según Felipe, solo el dinero podría solucionarlo. Pero según Jesús, cuando ya no se posee, por haberlo hecho de todos con la acción de gracias al Padre, se demuestra que había más que suficiente.